

Nombre propio

No conozco la nieve. La adivino, súbita, pensamiento que asoma cuando menos se piensa. Tampoco sé si la nieve llega, si cada quien camina sin remedio hacia la nieve. Y es, en cada paso, la bota de Amudsen tenaz, el lamento de Colmillo blanco, la manzana letal en los labios de una muchacha. Sobre la nieve se ha dicho casi todo. Como se ha dicho tanto sobre las cosas que pertenecen al silencio. Quizá existe para mí una patria en la nieve que no conozco, un oratorio que me ha sido reservado por un dios pagano, una península de alegría redentora. Algo sé, sin embargo, de su acento forastero, de la manera con que se posa sobre tu hombro como una mano que llega de lejos y te conoce —ella sí— de siempre. No hay entonces más causa que la suya, mejor teoría que su milagro. Y te quitas la camisa para mezclarte con su abrazo de nieve que te quema blandamente, seguro ya de nunca saberla mejor que en ese instante. ♦

